

BORRADOR DE LA INTERVENCIÓN EN EL HOMENAJE A LOS EMÉRITOS FALLECIDOS

Enrique Hita
19 enero 2023

Excma. Sra. Rectora Magnífica, Querida Pilar,
Excmo. Sr. Vicerrector de PDI,
Ilmo. Sr. Vicerrector de Docencia,
Ilma. Sra. Secretaria General,
Queridos compañeros/as Profesores Eméritos,
Señoras y Señores:

Quisiera empezar esta breve intervención comentando, con todos ustedes, una reflexión a la que llevo días dándole vueltas. Y es que no sé si les ha sucedido alguna vez lo que a mí me embarga en este momento, porque entiendo que hay ocasiones en la vida en las que nos encontramos ante situaciones en las que no sabemos bien, no ya por qué estamos en ellas, sino tampoco, y esto es lo peor, cómo salir de las mismas, al menos algo airosos. Eso es lo que me sucede hoy y lo que origina el estado anímico en el que me encuentro: cargado de nervios, aunque los que me conocen saben bien que, en mi caso, eso es una *“constante Universal”*.

La primera parte de esta reflexión la tengo algo más clara; ¡no!, creo que la tengo mucho más clara que la segunda: estoy aquí interviniendo en este extraordinario acontecimiento porque nuestra querida Rectora, no sé bien porqué, me dijo, después de felicitarnos mutuamente la Navidad, *“Enrique... te toca”*, bueno, no me lo dijo así, me dijo: *Enrique quiero que hables*, pero vino a ser igual. Una sentencia para mí inapelable porque algo tan cargado de cariño, lo sé, era de obligado cumplimiento y, por ello, lo hago henchido de satisfacción y orgullo por un lado y cargado de responsabilidad por otro. Lo que salga de este compromiso es... *“otra cosa”* que corresponderá juzgar a este excepcional auditorio: mis compañeros que fueron, los que son y los que vendrán a formar parte del colectivo de Profesores Eméritos de la Universidad de Granada, *“Ahí es ná”* que decimos por estas latitudes parafraseando al Séneca.

La segunda parte de esa reflexión me aturde y me llena de incertidumbre pues se me solicita que intervenga para rendir recuerdo a nuestros compañeros ya fallecidos, los que ya no están, los que fueron y ya se fueron. En esta tesitura, yo al menos, me hago un montón de preguntas, pues de un colectivo tan amplio, puede llegar a la cuarentena, a algunos no los conocí, otros cayeron en su actividad lejos de mi etapa profesional o de mi campo de trabajo, es decir los conozco, en el mejor de los casos, por referencias; algunos llegaron a muy altas cotas de la representación universitaria y me eran muy conocidos, pero sin que el calor del contacto humano pudiera estar presente en mis valoraciones pues *“quedaban muy lejos”* de mi humilde condición; existe también, por fortuna para mí, un amplio colectivo de compañeros ausentes, algunos mis maestros, con los que tuve la oportunidad de conectar, pero desde la distancia, eso sí, que establece la relación entre el maestro y el aprendiz. Finalmente, hay otros casos en los que esa conexión, ese entrelazamiento del compañerismo, de la responsabilidad

profesional y de las metas comunes ha hecho presencia para enriquecimiento de mi persona.

Un colectivo muy variopinto al que he de referirme y del que siempre me quedará la duda de si he acertado a representar, a referir sus ideales y sus anhelos o, como no, plasmar su doctrina. Por eso les decía al principio que no tenía claro cómo enfocar esta intervención tratando de minimizar las deficiencias que, con toda seguridad, va a tener. Siempre nos queda, claro está, el atenuante de que los implicados “ellos no nos van a criticar”, aunque, vaya por delante la idea de que el primer crítico quiero, por anticipado, ser yo mismo.

Espero que se comprenda la imposibilidad de hacer una referencia individualizada de cada uno de los involucrados dado el alto número de los mismos y, es más, la dificultad de identificar a todos los casos posibles dentro de este grupo, también vendría a complicar semejante tarea, produciéndose, sin lugar a dudas, omisiones o encuadramientos indeseados que podrían originar sensaciones de olvido o desaire en sus allegados, algo en modo alguno deseable.

La posibilidad de una selección representativa también la he descartado, por lo que puede significar de sesgo, ¿a quiénes y por qué se eligen?, ¿qué criterios de selección se emplean?, pues, aunque siempre habría prioridades por muy diversas razones, eso sería inevitable, globalmente este colectivo tiene una enorme entidad como tal. En cualquier caso, mucho me temo que “algo se me escapará”.

Pero, ¿cómo enfocar esta intervención?, ¿qué decir o referir de este, para mi excepcional, colectivo de profesionales?

Dándole vueltas a esta idea, me viene ahora a la memoria una vivencia personal de mis años mozos. Por aquellas épocas yo discutía con frecuencia con mi padre, hombre al que adoraba, adoro y adoraré cada vez más, sobre temas del momento en ese fenómeno de disparidad de criterios que constituye el llamado “choque generacional”. Mi padre, hombre rudo, pero de entrañable ternura, y nada remiso en la utilización de vocablos de impacto, solía concluir con frecuencia aquellas preciosas “disputas” diciéndome: *“niño, la “malafollá” que tiene esto es que, cuando me des la razón, yo ya estaré muerto”*. Pues bien, con el transcurso de los años, no hay día que pase sin que le dé la razón en algo y sin que sus razonamientos me marquen pautas de actuación. Enrique, me dije, aquí puede estar la idea a seguir.

Y es que entiendo que siempre existen planteamientos, referencias si se quiere, que nos permiten evocar a los que se fueron desde perspectivas, ya sean generales, ya sean ligadas a la herencia que nos ha llegado, de forma más o menos directa, de ellos. Porque lo importante siempre es el recuerdo, el recuerdo y el mensaje que nos dejaron, ya lo dijo García Márquez, *“la muerte no llega con la vejez, sino con el olvido”* y nosotros hoy, en esta preciosa iniciativa de nuestro equipo rectoral, los estamos, al menos, recordando, “evitando su muerte” habría que decir, eso es para mí lo más importante.

Y es que pienso, como dice Carlos Sluzki, que vivimos rodeados de recuerdos que nos acompañan. Nuestros maestros y los maestros de nuestros maestros, en el caso que nos ocupa ya ausentes, nos acompañan en la presencia de sus legados induciéndonos una pauta de comportamiento. Todas estas situaciones tienen en común la presencia incontrovertible de ausentes, la corporización, si se quiere, de emociones intensas, la activación de ritos como el que nos ocupa, rituales o silencios otras veces, que intentan detener el tiempo y devolver la vida a seres respetados, y en ocasiones queridos, que ya partieron.

Tal vez, algunas de estas emociones, puedan generar en algunos de nosotros, por muy diferentes razones, la sensación de que deben ser exorcizadas, posiblemente por experiencias pasadas que nos parecieron negativas, o por intereses insatisfechos, vaya usted a saber, mientras que otras nos obligan a mantener su presencia, por lo general debido a alguna buena razón de conexión, induciéndonos a soñar con ellas y generando en nuestro interior la sensación de que, cultivando esos sueños, se originarán también en nosotros cambios ilusionantes que queremos aceptar, retos que queremos asumir y conductas que queremos emular. Es la labor trascendente, más allá de la muerte, de los Maestros, de muchos Profesores Eméritos que para nosotros alcanzaron esa cualificación de Maestros. Esos Profesores Eméritos ya ausentes, y también presentes, a los que hoy nuestra Noble Universidad les rinde homenaje. Esos Profesores Eméritos que supieron inculcar en sus discípulos, en todos nosotros en definitiva, el espíritu necesario para seguir adelante en una tarea maravillosa, la de investigar y enseñar más allá incluso de la etapa establecida como activa, habiendo generado en nuestro espíritu una sensación de ilusión y de estabilidad emocional por lo que se hace ante ese reto encantador que es la actividad universitaria, materializando así en nuestro interior la frase de Víctor Hugo de que *“El alma tiene ilusiones, como el pájaro alas, eso es lo que la sostiene”*.

Y es que nosotros, los todavía vivos, podremos olvidar lo que dijeron, lo que inventaron, lo que descubrieron, pero lo que nunca deberemos olvidar es lo que su memoria nos viene ayudando a apreciar y a valorar lo que nosotros mismos hacemos en un reflejo, más o menos fiel, de lo que ellos hicieron, pero con los mismos objetivos. Porque, como decía François Mauriac: *“La muerte no se lleva a los seres que respetamos o amamos, al contrario, los guarda y los ennoblece en la memoria”*.

Antes he hecho referencia a mi desconocimiento en profundidad de algunos de los compañeros que ahora homenajeamos, pero por las referencias que he tenido de la labor y la huella que han dejado en nuestro entorno, así como del conocimiento de la labor realizada por compañeros o discípulos suyos, es decir su proyección, con los que sí he tenido la suerte de compartir inquietudes, anhelos, perspectivas y metas, en definitiva vida profesional, puedo afirmar sin recelos que en la mayor parte de los casos, se trataba de personas excepcionales, “gente, como nos gusta decir por aquí, responsable”, “gente de valía”, “gente con capacidad”, “gente con empuje”, “gente de por y para la universidad”, gente, en definitiva, como ellos fueron unos compañeros en general extraordinarios para los que *la generosidad fue algo consustancial, la capacidad*

de entrega algo común, la responsabilidad universitaria una constante y el buen hacer la rutina. En definitiva: “buena gente”.

Me estoy refiriendo a un conjunto de compañeros, a veces entrañables amigos y otras veces respetados maestros, a los que no les movió otro interés que el acrecentamiento de la ciencia, el buen ejercicio de la docencia, el espíritu universitario, el compañerismo...etc., en definitiva, el magisterio en la vida universitaria.

Y es que, en la mayor parte de los casos fueron, estoy convencido de ello, aquellos que dieron sin pedir mucho, los que hicieron sin exigir demasiado y los que edificaron sin muchos medios, en definitiva, verdaderos artífices de la grandeza de nuestra UGR.

Gente que supo llevar a la realidad la frase de Sartre de, *“no hacer lo que se quiere, sino querer lo que se hace”.*

Es posible que existan excepciones debidas a actuaciones suyas o a percepciones nuestras, más o menos separadas de estos planteamientos y convicciones, ya lo he dicho antes, pero es que de eso siempre habrá, aunque estoy convencido de que serán solo eso, excepciones o planteamientos individuales aislados, excepciones que no vendrán sino a confirmar la regla, la generalidad si se quiere, y que hasta es bueno que las haya para contrastar.

A lo largo de esta intervención habrán podido observar que, a veces, no he generalizado a la hora de utilizar la palabra Maestro al referirme a todos los compañeros que se fueron y, ¿por qué no?, a los todavía presentes, y lo he hecho a propósito, no ya por dejar una puerta abierta para posibles casos en los que no se hubiera alcanzado tal consideración, ¡no!, ni mucho menos, lo he hecho porque entiendo que no es fácil establecer, de forma oficial al menos, cuándo se consigue semejante distinción, para mí la más alta a la que puede aspirar un investigador y docente.

Nuestra Universidad, la Universidad en general, querida Rectora, creo que adolece de un procedimiento, no ya ideal para abordar semejante tarea, eso lo veo prácticamente inaccesible, es absurdo querer hacer “Maestros por decreto”, creer que se ha conseguido sería una majadería. Sin embargo, sí veo en nuestra normativa intentos, muy loables a mi entender, por tratar de evaluar planteamientos de acceso a esa consideración, aunque en su estructuración aparecen, según lo veo yo, algunos defectos que, cuando menos, desvirtúan el objetivo que se pretende conseguir. La Universidad, en general, entiendo que evalúa bastante bien, por ahora, la actividad investigadora; se podrá mejorar eso sin lugar a dudas y habrá que hacerlo, pero la evaluación de la actividad docente viene a ser esa asignatura pendiente que no es fácil de superar, y el Maestro, si lo es, debe serlo en ambas concepciones e incluso ir más lejos para llegar a la condición humana.

Se hacen encuestas al alumnado, pues es algo realmente importante saber el grado de satisfacción de los discentes, pero esas encuestas están sometidas a una serie de “circunstancias”, entre otras su cruzamiento con la propia evaluación, que generan

una problemática que todos conocemos y en la que no creo que sea este el sitio para entrar en ella, aunque si me gustaría apuntar la conveniencia de reflexionar sobre en qué momento se aplican, y lo digo motivado por algo que apuntaré un poco más adelante

El resultado de estas encuestas se utiliza, y así creo que debe ser, entre otras cosas, para premiar a algunos profesionales con la consideración de Excelencia Docente, iniciativa, insisto, muy loable, pero se exige en la actualidad que sea el propio interesado el que solicite personalmente la concesión de tal distinción. Al respecto, yo me hago aquí, ahora sí, una pregunta: ¿Cuántos de los Profesores Eméritos, fallecidos o no, han o habrían solicitado tal mención?

Enrique Villanueva, uno de los Profesores Eméritos que ya no están con nosotros, decía en la recepción de su medalla de Honor del Instituto de Academias de Andalucía que *“Las medallas (las distinciones, en definitiva) no se piden, se agradecen”*. Magnífica sentencia, que, bajo mi punto de vista, viene como anillo al dedo en el razonamiento que trato de hacer.

Hay otro caso que conozco, y tú también querida rectora pues te lo hice llegar, en el que otro Profesor Emérito también ausente y del que, para ser fiel a mi propósito inicial, no daré aquí su nombre, en cuyo caso, y a raíz de su fallecimiento, casi se colapsa la Web de su departamento debido a la avalancha de mensajes de condolencia y recuerdos de sus alumnos y discípulos hacia el que consideraban su MAESTRO. Él tampoco solicitó nunca tal distinción.

Pienso que es difícil que se produzca la circunstancia de pedir para sí, pues una de las cualidades que adornan a los verdaderos MAESTROS es la HUMILDAD y la humildad parece estar reñida con tales iniciativas.

Creo, querida Rectora, que se debería tratar de, al menos, cambiar la normativa para solicitar la concesión de tal Excelencia. Ya lo estuvo un año o dos y de aquella época surgieron excepcionales exponentes, pero, no sé por qué, se ha vuelto al planteamiento inicial.

La consideración de Maestro va mucho más allá que la idea de unas clases bien dadas, de un dominio de la materia, de un rigor profesional, etc., que también, pero hay que asociarla a otros parámetros que, tal vez, los propios protagonistas (fíjense que ahora no he dicho interesados) no ven, o no desean ver o no buscan, pues su empeño está en el magisterio como vocación, en hacer Escuela que es hacer Universidad y no solo currículo. Esas proyecciones académicas, sociales y humanas que adornan a determinados compañeros las perciben los que las disfrutan: los Departamentos, las Facultades, los Grupos de Investigación, los Discípulos, los Alumnos cuando ya están libres de presiones colaterales, etc., la sociedad, en definitiva, y, posiblemente, de ahí debieran partir las iniciativas, de esos colectivos o personas que se han impregnado de su proyección.

Al final la Universidad tendrá que decidir a quienes sí y a quienes no, eso es inevitable si es que hay que discernir, pero a aquellos que no lo consigan siempre les quedará el reconocimiento de los que le han propuesto, lo que no es poco.

Y no es que yo piense que una persona no deba pedir algo para sí, si es que cree merecerlo, ni mucho menos, la vida está llena de situaciones de ese tipo, pero fíjense que no estamos ante un puesto de trabajo o una necesidad vital, o ante una promoción en ellos, estamos ante una distinción que viene originada por una capacitación profesional, por supuesto, pero también por una proyección social y humana, como les decía, excepcionales y que, por lo general, no viene acompañada de gratificaciones económicas, a lo sumo una frase en un currículum y, en el caso que nos ocupa el currículum suele estar bastante relleno. La palabra, la distinción de MAESTRO, o sus aproximaciones, no está pensada, creo, para solo llevarla a un currículum, sino para llevarla en el corazón de quienes la consiguen y de quienes la otorgan.

Y yo, querido auditorio, me vuelvo a hacer la pregunta de antes ¿Cuántos Profesores Eméritos de los que ya no están con nosotros solicitaron tal distinción? No lo sé, pero no creo que fueran muchos. De lo que si estoy seguro es de que en el colectivo de Profesores Eméritos que ya se fueron había abundancia de Maestros.

Por ello pienso que puede ser un buen momento para tomar alguna iniciativa al respecto, no costaría nada y podría resarcir bastante.

No sé, querida Rectora, si estoy consiguiendo comunicarte, especialmente a ti y también a tu equipo y a este auditorio, mi deseo de tratar de impregnaros de la sensación de gratitud que me invade hoy motivada por esta iniciativa vuestra, una iniciativa realmente emotiva, generosa según lo veo yo, y totalmente desinteresada, pues, dando una vez más muestras de tu talante, la haces al final de tu gestión universitaria, con lo que ello significa. Me estoy refiriendo a este reconocimiento de la solera, la capacidad y el amor hacia su Universidad de un colectivo, ahora ausente pero seguro que presente, que en la etapa que los involucró no actuó ya con un carácter totalmente profesional y al que cabría considerar más bien como "amateur", en el sentido, como diría Albert Einstein, de "*hacer las cosas por las cosas, con la sola premisa de la voluntad de hacerlas*" y de *seguir queriendo hacerlas, añado yo*, pues el universitario que lo es entiendo que no se "jubila" nunca, ni con la muerte pues a esta la trasciende su doctrina; y es que estoy convencido de que en la mayor parte de los ahora homenajeados, ausentes o presentes, se siguió la premisa de que en el magisterio *no se plantea el oficio sino la vocación*, vocación, como, más o menos, decía nuestro compañero el Profesor Emérito *Luis Rico Romero en una de sus intervenciones, de transmisión del Conocimiento, de acrecentamiento de la Ciencia y fomento de la capacidad de discusión crítica, independiente y ausente de dogmatismos*; y ello, en casi todos los casos, posiblemente fuera, así lo creo, de cualquier interés lucrativo.

Y vosotros, tú y tu equipo, tomáis hoy la iniciativa de recordar a los que hicieron de las premisas a las que me he referido sus directrices, y ello con la idea de rendirles un reconocimiento que, tal vez, no tuvieron en su momento, haciendo así vuestra la

sentencia de Cicerón cuando decía que: *"La vida de los muertos perdura en la memoria de los vivos"*, los vivos de bien, añadido yo; algo realmente loable.

Creo, insisto, que estamos ante una iniciativa entrañable por vuestra parte, como muestra de agradecimiento institucional hacia un colectivo que, en el caso que concierne a esta intervención mía, ya se marchó y permitidme que, sabiendo que es fruto de vuestra generosidad, pues queréis ser agradecidos, cite ahora, casi para finalizar, a Marco Tulio Cicerón cuando decía que *"tal vez la gratitud no sea la virtud más importante, pero seguro que es la madre de todas las demás"*.

Por todo lo dicho y ante la situación en la que nos encontramos, a uno no le pueden invadir en este momento otros sentimientos que los de *orgullo, gratitud y compromiso*; orgullo porque se me haya permitido pertenecer a este extraordinario colectivo que es el Profesorado Emérito de la UGR y haberme entresacado para hacer hoy referencia a una parte del mismo, gratitud por recibir junto con él este reconocimiento y compromiso para seguir poniendo a disposición de nuestra Institución mi persona y actividad.

Y es que hoy, una vez más, debo parafrasear a nuestro Federico García Lorca diciendo aquello de que yo ahora también *"siento en el corazón un vago temblor de estrellas"*.

Muchas gracias a todos por vuestra paciente atención.